

RICARDO SUMALAVIA



Enciclopedia mínima

Serie Ficciones NARRATIVA

Pontificia Universidad Católica del Perú - FONDO EDITORIAL 2004



Ricardo Sumalavia (Lima, 1968) ha publicado los libros de cuentos *Habitaciones* (1993 y 2003) y *Retratos familiares* (2001) con una buena aceptación por parte de la crítica. Actualmente es profesor y editor de la *Colección Orientalia* del Centro de Estudios Orientales en la Pontificia Universidad Católica del Perú. Fue profesor invitado y lector en diversas universidades de Corea del Sur.

## Ricardo Sumalavia







## Enciclopedia mínima



RICARDO SUMALAVIA

# Enciclopedia mínima



Pontificia Universidad Católica del Perú - FONDO EDITORIAL 2004

*Enciclopedia minima*

Primera edición: junio de 2004  
500 ejemplares

Responsable de la Serie Ficciones: Estrella Guerra C.  
Diseño de cubierta: Fondo Editorial de la PUCP

© Ricardo Sumalavia, 2004  
Derechos exclusivos en Perú

© 2004 de esta edición:  
Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú  
Plaza Francia 1164  
Lima 1 - Perú  
Teléfonos: 330-7405, 330-7410, 330-7411  
Correo electrónico: <editor@pucp.edu.pe>

Derechos reservados. Prohibida la reproducción de este libro por  
cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso de los  
editores.

ISBN: 9972-42-638-6  
Hecho el Depósito Legal: 1501052004-4875

Impreso en Perú - Printed in Peru

*Para mis hijas Verónica y Andrea; porque, como dijo el poeta José María Eguren, el niño es un movimiento de arte, un dinamismo estético.*



*El ciervo en la montaña de pinos,  
donde las hojas no caen,  
sabe de la llegada del otoño  
por el sonido de su propia voz.*

Onakatomi no Yoshinobu  
(siglo X)



*Homini et urbi*



## BIEN MIRADO

En la esquina de Azángaro y Miró Quesada, a plena luz del día, me encuentro con cinco señoras con expresión de haber padecido una inenarrable experiencia. Como no les veo bolsos ni monederos, pienso que han sido asaltadas. Pero no, así me lo confirma una de ellas, la que me toma de la mano y clava sus uñas en mi carne. Y no dice más. Continúan con sus miradas atónitas que, por un instante y sin saber exactamente por qué, dejan de traslucir lo que creí pánico, para revelar una asombrosa idiotez. Los extremados ojos abiertos de pronto resumen la estulta imagen de estas mujeres. Las observo con mayor detenimiento y caigo en la cuenta de que tienen entre sesenta y ochenta años, y que muy bien podrían ser hermanas o tratarse de madres e hijas.

En otro contexto, mi carácter filantrópico me hubiera impulsado a averiguar más y prestarles ayuda. Pero estamos en el Centro de Lima y aquí las mujeres mayores, la estupidez o el pánico, y sus combinaciones, bien mirado, encierran peligro. Sin más, decido abandonarlas. Y lo conseguiría, si pudiera liberarme de esta mano que sigue sujetándome y de las otras que vienen hacia mí, no sé si para rescatarme, acabar conmigo o brindarme el más estúpido cariño de este mundo.

Una pequeña niña se acercó a otra notoriamente más espigada y alta, y le preguntó por qué sus padres y hermanos insistían en decirle que no existía, que se trataba solo de una amiga imaginaria.

— No me vengas otra vez con lo de tu familia. Ya te he dicho que ellos solo están en tu mente — precisó la más alta.

— Esta bien — respondió la pequeña, titubeante, mirando-se las manos, como si de ese modo pudiera evitar que se desvanecieran.

## VERDADERAS AMIGAS

## EL ALMA DE LA FIESTA

No vamos a aceptar que interrumpan nuestra reunión y pretendan llevárselo. Muchos años de esfuerzo y preparación nos ha costado convocarlo. Además, gracias a él nuestras sesiones semanales se han convertido en una verdadera fiesta. Y, si amparados en sus leyes quieren echar la puerta abajo y entrar, que lo hagan. Con ello solo conseguirán que todos nosotros, urgidos de su presencia intangible, aquí o en cualquier parte, lo invoquemos nuevamente para sentirnos animados.

Los meses previos a culminar el último año escolar entré a trabajar por las tardes en una pequeña imprenta. Mi madre no se opuso. Conocía bastante bien al dueño e impresor, y a su esposa, una mujer enorme y atractiva que visitaba mi casa de cuando en vez para que mi madre le cortara el cabello, se lo ondulara o tñiera con los colores que la época mandaba. El oficio lo fui aprendiendo con el entusiasmo propio de un muchacho que deseaba algún día ver impresos sus poemas. Por el momento, solo estaba encargado de colocar los tipos de plomo en la caja. Y lo realizaba tomando todas las precauciones para que no se me empastelaran y tuviera que reiniciar el montaje, línea por línea, como sucedía cada vez que llegaba al taller la señora Leonor, la mujer del impresor. Su presencia me turbaba y ella lo sabía bastante bien. Sospecho que lo supo desde siempre, mucho antes que yo incluso, desde mi infancia, cuando no entendía ese brevísimo placer que me producía rozar sus piernas y caderas con el pretexto de jugar con mis carritos y soldaditos antes de ser enviado al patio y dejar a la señora Leonor con aquella sonrisa que me seguiría electrizando en la imprenta de su esposo. Si bien sus visitas eran esporádicas, tenían un efecto por demás inquietante. Inquietud que trataba de verter en mis poemas juveniles para, enseguida, trasladarlos a una vieja

## PRIMERAS IMPRESIONES

plancha de madera, en la caja de composición, que solía ocultar debajo de las que armaba diariamente, si es que antes el pudor no me obligaba a desmontarlo todo.

Bajo ese ritmo transcurrieron los meses y, llegado el fin de año, di por terminado el colegio. Fue natural entonces que ocupara todo mi tiempo en la imprenta, con mejor salario y un trato de hombre a hombre, como me lo hizo saber el impresor los primeros días de enero. Su esposa, con el cabello corto y pelirrojo, y una minifalda propia de finales de los sesenta, justificado por el acentuado calor de aquel verano, intensificó sus visitas al taller. Debo confesar que el color de su cabello, contrastado con su piel blanca, propició el que consideré mi mejor poema. El más extenso. El único que sin dudas fui capaz de armar en la caja, con tipografía grande, y que, una vez impreso, estuve dispuesto a mostrar a su inspiradora. Por supuesto, imaginé mil formas de enseñarle el poema, creyendo que su respuesta solo sería mantener en vilo mis ansias, con un beso en la mejilla y, quizás, una uña deslizada en mi mentón.

Hasta que la tarde apropiada llegó. Era jueves, usual día de visita de la mujer, y su marido había salido a recoger varios rollos de papel. Yo aprovechaba para entintar la plancha con mi poema, cuando la señora Leonor apareció, pelirroja y en minifalda, intensamente blanca, a pesar del verano. No recuerdo exactamente lo que me dijo, solo sé que me ordenó cerrar la puerta del local y que después me llamó a la trastienda. Se paró frente a mí, me contempló unos segundos esbozando la sonrisa que ya le conocía, y luego me besó. Con sus manos guió las mías para que le acariciara el cuerpo, le levantara con facilidad su minifalda y le bajara un diminuto calzón que no sé si estuvo de moda por esos años, pero que me arrebató apenas verlo. Dominado por aquella embriaguez, la empuje hasta la mesa de montaje, la recosté y me subí sobre ella, sobre la im-

presionante señora Leonor, que me recibió entre gemidos y temblores de excitación.

Así permanecemos un buen rato, hasta que la saciedad y la prudencia nos instaron a separarnos. Fue cuando ella se levantó de la mesa que descubrí con perplejidad el destino de mi poema. Este estaba impreso sobre la espalda de la mujer. En realidad, los primeros versos, que se hallaban en la zona lumbar, los podía leer con bastante claridad, pero los últimos, que alcanzaban sus extensas nalgas, solo eran borrones, manchas de tinta sin concierto. Aunque he tratado de explicármelo, todavía no logró dar razón a mi silencio. Dejé que se vistiera y se despidiera de mí con un beso tierno. Una vez solo, únicamente atiné a desbaratar las letras de molde en la plancha que albergaba mi poema. Me dije que podría escribir otros en los ratos libres de mis futuros trabajos.

## ALMAS PERDIDAS

Aquella vez, en la cantina de Don Claudio, perdí hasta el alma jugando a los dados. En una segunda oportunidad, no solo la recuperé, sino que, incluso, regresé a casa con mucho dinero y otras tres almas que metí dentro de una caja de cartón y guardé en el compartimento superior del clóset. Uno nunca sabe el valor que puede adquirir lo que no se ve.

Creo que en uno de mis paseos habituales con Nidia, la ciudad de Lima hizo algo especial con mi mujer. El ruido de los autos se escuchaba a los lejos, y de la azotea de una casa un niño empezó a llamarme. Me pedía que por favor cerrara las rejas de su casa. Así lo hice. Luego miré hacia arriba en espera de su agradecimiento. El niño no dijo nada. Sonreía. Nos miraba, miraba a Nidia y sonreía. Ella también le sonrió. Pero puedo jurar que el niño lo hacía de otro modo.

## PASEOS

## LA NIÑA ANTE EL ESPEJO

La niña descubrió que el espejo de su ropero no reflejaba las huellas que le había dejado el sarampión en el último verano. Al día siguiente, mientras sus dedos palpaban los desagradables forúnculos que cubrían sus mejillas, observaba con sorpresa cómo la niña del espejo deslizaba sus dedos sobre un rostro lozano y atractivo. Al tercer día rompió el espejo, como es costumbre en estos casos, porque la belleza no tolera lo horrible, y viceversa.

A pesar de respirar los primeros años de la década del ochenta, su madre todavía lo obligaba a utilizar pantalones acampanados y camisas floreadas cuyas puntas del cuello le llegaban a sus caídos hombros. Nunca pensó en hacerle notar a su madre su disconfort. Todo lo reducía a un minúsculo mohín, una simple extensión de las comisuras de los labios que al parecer ella asumía como grata complacencia. Si sus amigos le preguntaban por qué andaba así, él respondía que esas prendas fueron heredadas de su hermano mayor. De un hermano que, de tanto mencionarlo, ya venía siendo hora de que existiera y que, según su ánimo, a veces se hallaba cumpliendo con el servicio militar obligatorio, acompañando a su padre en sus viajes de negocios o viviendo en Estados Unidos, en casa de una tía, dictándole la moda desde donde sí sabían vestirse.

El estaba convencido de que todo esto terminaría con un poco más de tiempo y paciencia; pero no fue así. En 1984 su madre vio en la televisión la película *Kiss contra las fantasmas* y luego de maravillarse hasta las lágrimas con aquel grupo de rock de jóvenes pintarrajeados, se precipitó a su cómoda y extrajo un plumón fosforescente dispuesta a que su hijo tuviera también una estrella alrededor del ojo derecho. Así lo hizo y, al contemplarlo, no pudo evitar llamarlo: *Star*.

STAR

Enterados de los gustos desaforados de la madre, los niños y los vecinos no pudieron más que aceptar y repetir ese nombre. Al menos así ocurrió hasta la llegada del hermano, quien no pudo ser visto por nadie ya que, según Star, pasó haciendo escala por Lima para luego enrumbar hacia Europa, llevándose a su madre a uno de esos países donde dicen que todo parece ser psicodélico.



*Letra negra*



## LECTOR EN SERIE

Para el doctor Méndez, hombre entregado a su ciencia y devoto del relato policial clásico, la decisión de emplear estricnina fue la más acertada. Sabía perfectamente que este alcaloide, obtenido de la nuez vómica y del Haba de San Ignacio, suministrado a la víctima de turno en una dosis entre 50 y 100 miligramos, produciría una intoxicación digna de la mejor literatura. No por nada es utilizada en *El signo de los cuatro* de Arthur Conan Doyle, y también en los relatos *El misterioso caso de Styles*, *Muerte en el Nilo* y *El enigmático mister Quin*, de la señora Agatha Christie, por citar algunos ejemplos predilectos del doctor Méndez. Él disfrutaba tendiendo estos puentes entre ficción y ciencia, aunque no hay que descartar que el azar, al intervenir, sea en un campo o en el otro, lo arrastrara hasta el paroxismo, pues la estricnina, en un punto de su progresiva intoxicación, produce terribles y frecuentes espasmos al grado de que cualquier ruido o movimiento, originados por un posible salvador, solo provocaría un espasmo más y la anhelada muerte llegaría a causa de una insuficiencia respiratoria. El doctor Méndez goza de la vida y la literatura, y en sus plegarias nocturnas, luego de alguna muerte o algún libro, siempre suplica que los escritores sean también bienaventurados.

Últimamente hubo cambios en la oficina. He descubierto que, para resolver los casos, tengo que solicitarle a mi vieja secretaria, la señorita Sara, que revise los expedientes. Ella enseña a se mimetiza con extrema naturalidad y asume los roles de la víctima o del criminal, ofreciéndome las pistas y evidencias que requiero. Por supuesto, ahora soy más selectivo con los casos que atiendo. Evito la sangre, que tan mal les cae a la señorita Sara y a las pocas camisas que ella buenamente me plancha por las mañanas.

PRIVATE EYE

## ÁLBUM DE FAMILIA

Hurgó en el fondo del tarro del café y lo que halló fue un pegoste, una costra parda que la humedad y el frío le habían dejado ese invierno.

— A mí nadie me deja sin café — dijo el detective Segovia.

*Si no fuera porque los cardenales alrededor del cuello semejaban ahora un collar violáceo y porque sus párpados se resistían a unirse del todo, cualquiera diría que la mujer de la fotografía estaba entregada a un profundo sueño.*

Cogió la tetera y vertió un chorro de agua hirviendo dentro del tarro. Luego, ayudado con una cuchararilla, rascó los contornos de la lata hasta cerciorarse de que el agua había cobrado las tonalidades propias de una buena taza de café.

*La otra fotografía había sido tomada en un estudio y mostraba a un niño sonriente, con un flequillo lacio que le marcaba una perfecta línea horizontal en la frente, límite entre el negro de su cabello y la palidez de la muerte venidera.*

Por un momento pensó en beberlo directamente del tarro pero, ya que tenía la taza y todo lo demás dispuesto sobre la mesa, prefirió servirse el desayuno como era habitual.

*La tercera mostraba a una reducida familia, una pareja joven y un niño, en un parque de diversiones.*

—Disciplina y sentido común. Eso es todo — sentenció, satisfecho. — Ahora puedo iniciar un nuevo caso como Dios manda — agregó, despidiéndose con una sonrisa de sus retratos familiares.

## PIRAÑAS

Dos hombres lo sujetan de los brazos mientras un tercero y cuarto le quitan reloj y anillos, y un quinto se enfrasca en vaciarle los bolsillos. También un sexto y un séptimo lo toman de las piernas para facilitar a un octavo y un noveno quitarle los zapatos y calcetines. El décimo y el décimo primero revisan su portafolios y determinan qué es de valor o no. El décimo segundo no se queda atrás. Con una imagen entre niño y monstruo, se dedica a hincarle el cuerpo con una aguja, para distraer el dolor que podría sentir mientras el décimo tercero le abre la boca para que el décimo cuarto pueda, auxiliado con unas tenazas, extraer los dientes de oro. Sin embargo, un décimo quinto se lamenta de que la víctima no fuera de esos hombres modernos que llevan aretes de alto precio. De buena gana le hubiera arrancado las orejas. Solo le resta aguardar su turno, junto con otros veinte, para completar el asalto.

Según la versión de uno de los fugitivos, el menos remilgoso, cuando alcanzaron la mitad de aquel río, angostado por no encontrarse en época de lluvias, y creyéndose libres de cualquier perseguidor, el líder les ordenó detenerse. Todavía confundidos por la agitación de la fuga, no comprendieron esa orden, ni la siguiente, que los conminaba a desnudarse y dejar que sus raídos trajes fueran llevados por la corriente. El líder repitió sus órdenes y, dado su vasto pronuario, nadie se atrevió a desobedecer. «Así los perros no podrán olfatearnos», remarkó. A pesar de la debilitada fuerza de las aguas, les costó mantener el equilibrio mientras se despojaban de sus ropas. Pronto sus cuerpos mostraron toda una seguidilla de cicatrices en torso y brazos que semejaban carniseras sobre pellejo. Pero la vista de todos se detuvo absorta en su líder. Para ser más precisos, en sus genitales. Debajo de un vergonzante penecillo encapuchado, se extendía una vulva en edad de merecer. Nadie preguntó ni quiso saber más, para sus mentes no había explicaciones científicas ni mitología griega que valieran. Eso sí, fueron atrapados allí mismo. Los perdió su retraso, aunque a ciencia cierta los captores nunca supieron si los aullidos provenían de sus sabuesos o del lastimero placer de los prófugos.

*REMAKE DE LA FÁBULA DEL SAPO Y EL ALACRÁN*

## PARATEXTO

La fotografía en la contraportada de su libro lo mostraba muy orondo, con una expresión de felicidad que para nada se condecía con un autor que trataba asuntos tan complejos y serios, y por qué no decirlo, dolorosos. Además, si uno se fijaba en el fondo del retrato, lo que veía era una pared color rojo ocre, tan de moda en cierto sector intelectual de pacotilla, con unas flechas colgadas y revestidas de plumas multicolores, o, más exactamente, con unos remedos de flechas de un indecible exotismo artificial que se puede adquirir en cualquier feria artesanal. Y, para colmo, el sujeto tenía bigotes. ¿Quién le puede creer a un tipo con bigotes? Si llevara barba, en fin; ¿pero bigotes? Estos en vano pretenden ocultar una sonrisa a todas luces cargada de burla. Hacia el lector, claro. ¿A quién más? Es deber nuestro impedir que esta burla se haga extensiva y que esa mirada obtusa termine por penetrar en nuestras mentes, plagándola de siniestros vacíos. Yo propongo quemar la edición, afeitar al escritor y matar a su fotógrafo.

Gertudis se aproximó sigilosamente al auto. Desde atrás continuó reconocer a su esposo, un joven cubano que trajo de sus últimas vacaciones en Varadero hace tres años, y que ahora inclinaba la cabeza hacia el asiento del copiloto para besar a una mujer de cabellera castaña. La tarde estaba finalizando. Ella sabía que debía de apresurarse, pues una vez caída la noche no habría en aquel paraje más iluminación que la ofrecida por los cigarrillos de los amantes que allí se ocultaban. Y no estaba dispuesta a verlos compartir una caricia más. Metió la mano en el bolsillo de su abrigo y tocó el percutor del revólver. El frío del metal le produjo una inmediata reacción y, de un modo impertinente, vino a su memoria la imagen del detective que le entregó las pruebas (esas pruebas que ya no hacían tanta falta) y con completo descaro, el arma que finalmente dirigió hacia otra pareja, a dos metros del auto de su hombre. Acercándose a los extraños, disparó cuatro tiros, haciendo trizas los vidrios y aniquilando a los ocupantes, persuadida de que las pasiones deben perdurar para unos en este mundo y para otros en algún lugar más allá de la muerte.

## PASIONAL

## LA VOZ DE APOLO

En el cuerpo de policía era conocido como Apolo. Él mismo lo exigía:

— Teniente Apolo, carajo. ¿Acaso no entiendes castellano? En él no había mucho qué entender, era suficiente recordar su pasado, tantas veces referido por los oficiales más antiguos. Un pasado que cobró importancia desde el nacimiento de su apelativo en boca de una muchacha que escribía poemas. Ella había sido capturada en una redada que él dirigió en aquellos días del Estado de Emergencia. En el instante en que tiró de su brazo para esposarla, ella le dijo:

— Vamos, mi Apolo. Si vas a colocarme esas cosas, al menos sé más ingenioso.

Apolo no comprendió a qué se refería, pero bastó la melodía de aquellas palabras para que se viera intensamente perturbado por la joven poeta, aceptando en silencio su bautizo y relamiéndose con esa voz, que no dejaba de lanzarle frases irónicas durante el trayecto a la estación de policía. En contra de lo habitual, el mismo tomó sus declaraciones, con intensas ganas de besarla, incluso cuando dijo que era menor de edad y que no debía estar allí, ni ella ni su novio. Pero a él no le importaba que la muchacha fuera menor de edad, tampoco si debía estar o no detenida. Su preocupación era cómo desha-

cerse del otro joven, al parecer también poeta, poseedor del amor de la muchacha y de una escualidez inverosímil. Y como el muchacho no era menor de edad, logró separarlos. Primero distintas celdas, luego distintas delegaciones, desplazamientos-labérrimos que igual daría si el joven estuviera dormitando en una carcelera, deambulando tranquilo por las calles o de rodillas en una playa apartada, de noche, encañonado en la nuca, donde una voz le pide que no voltee, carajo, o es que acaso no entiende castellano.

*Mininos*



## TRAZOS Y DICTADOS

Nunca imaginé que mi gata Borsi, al ser presentada a Estela, mi novia, levantara una de sus patas, expulsara delicadamente sus uñas y, como quien remata el trazo de una rúbrica, dejara unas paralelas perfectas sobre la mejilla de la mujer que creía amar. Durante unos segundos permanecí inmóvil, con la gata aún entre mis brazos, observando el rostro desencajado de Estela y las diminutas gotas de sangre que asomaron por aquellas líneas, a modo de lágrimas anticipadas por el compromiso que, yo no lo dudaba, llegaba a su fin. Los latidos del corazón de Borsi solo podían estar dictándome que algunos amores son una débil representación del azar.

Colocó el bozal al gato, lo enganchó a su correa y lo llevó al parque para que orinara al pie de un árbol y echara tierra con sus patas traseras sobre el minúsculo excremento recién depositado.

De vuelta a casa, el gato, lamitando desanimadamente un hueso, le ofrece una mirada resignada y compasiva a su amo, mientras este le repite una y otra vez que es su mejor amigo.

## CONFUSIÓN

## GATA DE PARÍS

La gata negra de sus anfitriones apareció sobre sus piernas mientras él hacía una siesta en el sillón principal del piso parisino. Al despertar, se descubrió deslizando la mano por su pelaje, creyendo acariciar a su esposa, su hija o su amante.

Pero esta vez fue más fácil lanzarla por la ventana.

En el instante previo al nirvana, al gato le fue revelado que, a pesar de las enseñanzas de Buda, *El Sublime*, en sus reencarnaciones precedentes continuó siendo un condenado gato.

EL BUDISMO Y EL GATO

## MAL SUEÑO

Despertó sobresaltado a mitad de la noche, todavía arrastrando en su memoria la imagen monstruosa que había poblado su sueño. Recordaba a un hombre con cabeza de gato (o un gato con cuerpo de hombre) listo a atacarlo. Sacudió la cabeza para espantar esta imagen y enseguida volvió a acomodarse en su canastilla, ronroneando solo para estar seguro de quién era y no hacer caso a los ojos que lo escrutaban a través de la oscuridad.

## TRANSFORMACIONES FELINAS

Cuentan que cuando el jefe de una tribu huambisa vio aparecer en una pequeña embarcación al primer evangelizador, un gaditano canoso y rechoncho, supo de inmediato que aquel hombre alojaba la divinidad. Solo viéndolo así podría explicar-se que su embarcación viniera repleta de extraños animales, remedos dóciles y enanos de los terribles felinos: tigrillos, otorongos, pumas, que tanta sangre habían tomado de los suyos. «Gatos», dijo el evangelizador mostrando una sonrisa y señalando a sus mascotas, quienes aun se hallaban espantadas por la cercanía de las aguas y del intenso verde circundante. «Gatos», repitió el jefe huambisa, maravillado. Luego le dio la bienvenida al recién llegado, con la certeza de que este hombre posea el secreto de las transformaciones y que su primer pedido sería que convirtiera a sus enemigos, a todos aquellos que pretendían destruirlos, a esos quechuas, en asustadizos gatos. Inmediatamente, jefe y evangelizador alzaron la mirada a los cielos, agradecidos.

## EL GATO SAMARITANO

A duras penas me alcanzaba el dinero de la pensión que me enviaba mi padre. Los últimos días del mes eran los más penosos. Prefería tomar café, escuchar música y hurgar en el pelambre de mi gato, quien estaba mejor provisto que su amo para sobrellevar la miseria. Hasta que cierto día dejó de llegar el giro mensual. Aquellos contratiempos, justificados en una lacónica carta paterna, terminaron por entregarme al hambre. Como soy orgulloso, traté de resistir en casa, acompañado por mi gato, aguardando el envío. Como era de esperarse, el café se terminó pronto y me cortaron la electricidad. Tan solo el gato saciaba su hambre, ya que en la oscuridad de la noche los ratones eran lo suficientemente atrevidos para deambular por la casa. Le escuchaba devorarlos con fruición y luego chasquear su pequeña lengua como signo de complacencia. Pero una noche, luego de oír a mi gato atrapar a su presa de turno, no escuché más. De pronto lo sentí junto a mí, dejándome algo tibio sobre la mano. No lo pensé y me lo llevé a la boca. Así lo repetimos por varias noches, ocultando mi vergüenza en la oscuridad. Hasta que una de ellas mi gato vino junto a mí, sobando su lomo en mi brazo, pero sin dejar presa. Lo entendí perfectamente.

El dinero de mi padre finalmente llegó. He salido a pagar las cuentas atrasadas, comprar viveres — mi infatigable tarro de café—, algunos casetes con música reciente y libros que ansío leer para llenar la completa soledad de las noches.

*Monogatari*



## ANSIEDAD

Cuando vacaciono por los campos de Tarma, suelo andar a solas, observando a los pequeños animales que por allí transitan. Sin embargo, no pude más que sorprenderme al ver el veloz descenso del ave sobre mí. Una vez ido, le escribí estos versos:

*El cuervo no halla  
repose en el ramaje  
ni en mi hombro ansioso.*

*Blasonada alma  
asciende la escalera;  
bueñas cenizas.*

Cuando me dijeron que mi abuelo aparecía por las noches,  
decidí aguardarlo. Al segundo día le deje escrito estos versos:

NOBLE PRESENCIA

ELLA ME ESCRIBE

*Su cabellera  
se arrastra en el papel:  
crepitan silabas.*

*La niña observa a  
quien quiebra la papaya y  
derrama pulpa.*

Mientras caminaba por el mercado buscando las mejores frutas, me topé con una niña que parecía distraída. A sus trece años solo me atreví a escribirles:

MERCADO DE FRUTAS

## CELOS

Una vez un joven, luego de fisgonear a unos amantes por el ojo de la cerradura, escribió estos versos:

*Posas el dedo  
en lunareja nalga  
de mi admirada.*

*Devoto fuego,  
Señor de Murrubay,  
calcinó el templo.*

Quando llegué al pueblo, luego de mi peregrinaje, y quise agradecer con unas plegarias a mi Dios, alguien había dejado el siguiente mensaje en la entrada:

NOTICIAS DE UN INCENDIO

## COMUNIÓN

Hubo un día en la hacienda de Tarma en el que, después de una afanosa jornada en medio del campo, caí al pie de mi labor y dije:

*Yo, la fragancia  
de un viejo árbol de lúcuma  
recién cortado.*



*Prostitución sagrada*



## BURDELES Y APARECIDOS

Los últimos sucesos terminaron por ahuyentar a las familias que habitaban el viejo caserón de la calle Huatica. Si bien todos sabían que dicha casa fue el burdel más vistoso y concurrido de los años treinta, nadie pensó que al ser clausurado y ocupadas sus habitaciones por numerosas y desventuradas familias, estas fueran sorprendidas por particulares apariciones en los salones, los corredores y en las propias camas donde dormían. Al principio, no todo fue quejas. Los hombres se divertían al ver mujeres semidesnudas en sus puertas, y hasta un muchacho confesó haber descubierto el sexo gracias a las visitas nocturnas de una lívida mujer. Sin embargo, la incomodidad y el miedo llegaron cuando los hombres ya no diferenciaron entre sus esposas y las aparecidas, y el joven iniciado tuvo más de un susto cuando su visitante le exigía su correspondiente pago. Para remediarlo se convocaron algunos espiritistas y rezadoras, pero poco se pudo hacer. Por el contrario, el número de aparecidos se incrementó. Ahora no solo surgían prostitutas ante la vista de todos, sino también clientes espectrales que formaban fila en las entradas de las habitaciones. Generalmente estos clientes se marchaban apenas terminaban sus fantasmales descargas, pero, para desesperación de los vivos, siempre quedaba uno, tímido e indeciso, que caminaba

por todo el caserón una y otra vez. Por ello, cuando las familias decidieron abandonar el lugar, no supieron si el rostro más tímido de aquel cliente era porque ellos se marchaban o porque aún no se animaba a entrar a una de las habitaciones.

## ESCRÚPULOS

Como todas las tardes, el niño de la bicicleta llevaba a su hermana mayor en el sillín trasero. Una vez llegado la dejó en la puerta de la casa del señor Márquez, con la orden de volver por ella dos horas después, tal y como se lo había precisado su madre. Luego retornó rápidamente a su casa, pues aún le faltaban dejar otras dos hermanas y una prima en otras puertas. Y lo hizo con mucho apresuramiento, pues no le gustaba ser sorprendido por la noche, ya que esta suele invitar al pecado.

En honor a la verdad, lo que sucedió aquella noche no lo tengo del todo claro. Yo andaba medio al tumbón después de haber bebido lo imbebible y fornigar con las que algunos compañeritos míos llamaban las *douloureuses sans culotte*. Y claro, a mi edad quién se anda con miramientos. Lo cierto es que yo volvía a casa a pie, siguiendo una ruta que podría hacer hasta con los ojos vendados. Sin embargo, algo andaba mal. Alguien me seguía a pocos pasos. Me detuve de pronto, creyendo que la otra persona haría lo mismo, pero no fue así. Esta siguió avanzando como si fuera capaz de atravesarme como a un fantasma y, como es lógico (aunque aquí no haya lógica que valga) nos fuimos al suelo. Primerero pensé que, debido a la caída, sus brazos y piernas estaban caprichosamente enlazadas alrededor de mi cuerpo, pero, al intentar zafarme, insistieron en mantenerme sometido. Como estoy tratando de ser sincero debo decir que, en el estado en el que me encontraba y por el susto que casi me fulmina, bien pudo haberse tratado de un niño enclenque y que yo igual no hubiese conseguido librarle. Solo cuando abrí los ojos, después de haber creído en todo momento que los tenía abiertos, pude ver que se trataba de una de las mujeres con las que recién me había encamado. «¡Mi Dios!», dije, o lo dijo ella, ya no sé. Lo cierto es que me imploró, vieja

## DOULOUREUSES SANS CULOTTE

historia, que la llevara conmigo, que la sacara de ese mundo. Yo no lo podía creer. Luego, no sé de dónde, se aparecieron otras tres pidiéndome lo mismo. «¿En qué momento he podido estar con estas mujeres?», me pregunté. Temiendo que fueran a aparecer otras más, les dije que solo podía irme con una y que ellas tenían que decidirlo ya. Tal como lo había previsto, se trenzaron a golpes y arañones al punto que no hubo rostro para reconocer. Yo aproveché esa trifulca para huir despavorido y encerrarme en casa por un tiempo prolongado.

Hoy camino nuevamente por las calles, refiriendo esta anécdota a los amigos — porque la vanidad de uno es irremisible—. No obstante, sé que cuando me detenga de improviso en plena calzada, la hoja de un cuchillo podría penetrar mi espalda, suave y obediente, como si atravesara a un fantasma.

Estaba próximo a llegar a El Vedado cuando de una ruinosacasona salieron dos jinetas (providencial apelativo para estas muchachas de entrepieerna generosa y tarifa por discutir).

—Hola, mexicano. ¿Qué tú haces tan solito?

—No soy mexicano.

—Claro, chilento. Ven con nosotras que te vamos a templar esa cuerda de maravillas.

—No soy mexicano ni chileno. Digamos que estoy al centro.

—Eso mismo, mi amor. Vas estar al centro.

Y nos fuimos juntos a conocer nuestra geografía.

## GEOGRAFÍA

## KISAENG

Mi amigo coreano me contó que llegado su momento, en su juventud, visitó la calle de las putas en el centro de Seúl. Allí esperaba encontrar a una verdadera kisaeng, aquellas mujeres que además de las artes amatorias, dominaban las danzas clásicas, el canto, la caligrafía y la poesía más refinada. Él buscaba a una mujer como Hwang Jini, la más célebre kisaeng del siglo XVI, reconocida por su hermosura y sutileza en aquellos versos breves e intensos que solía dedicar a sus amantes. Pero la mujer escogida por mi amigo apenas conocía algunos caracteres chinos y su danza era carente de armonía. Sin embargo, no pudo negar su dedicación al placer y que luego lo invitara a pasar la noche con ella. Antes de dormir le sirvió un plato de sopa de fideos y luego le lavó los dientes. Él recordó unos versos de Hwang Jini, aquellos en los que ella ansiaba guardar entre sus cobertores la noche más larga del año, para compartirla al retorno de su amante.

Al marcharse, a la mañana siguiente, la mujer entonó canciones infantiles y después lo despidió desde su puerta, pidiéndole que regresara pronto, pues las noches suelen largas.

La proposición de Tony fue clara y directa. Si yo quería ver a su madre desnuda y atendiendo a uno de sus clientes a través de una ventana que daba al patio, debía aceptar que Tony me viera y acariciara el miembro. Según me contó, otros muchachos, que como yo aún no eran admitidos en los burdeles, habían aceptado su propuesta con la obvia condición de su silencio. Para él todo estaba envuelto de una maravillosa sencillez. Quizás fue mi rostro de tristeza el que le adelantó mi respuesta, pues de inmediato agregó que no me preocupara si no quería hacerlo y que igual me dejaba ver a su madre, siempre y cuando le diera toda mi propina del domingo.

«Porque hay algunos, ¿sabes? — precisó Tony — que permiten que se la toque por unas cuantas monedas».

## EL HIJO DE PUTA

## LA PUTA MADRE

En un libro que recoge los *graffiti* escritos sobre las paredes del Coliseo en Pompeya, en el primer siglo de la era cristiana, pude leer:

*Mis hijas saben que entre las nalgas de su madre hay un oráculo donde se han sacrificado las más grandes y feroces bestias. Ahora es el turno de ellas ofrecer las venturas.*

Una prostituta, tratando de apaciguar la ansiedad de su cliente, fijó la mirada en el libro que este había dejado sobre la cómoda y le preguntó:

— ¿Qué estás leyendo?

— Una novela.

— A mí también me gusta leer novelas. ¿Puedo ver el título? El cliente la observó con desconfianza, pero inmediatamente le alcanzó el libro, agradeciéndole en silencio sus buenas artes para la relajación, ya que probablemente ella jamás había superado un par de páginas de su plana escolar.

— ¡Madame Bovary! Yo he leído esta novela — dijo ella con una voz tan enternecedora y modosa, que prácticamente invitaba a cambiar las palabras por los cuerpos. Y así continuaron en la cama, enlazados en su juventud, hasta el supremo instante del cliente, en el que, mientras descargaba su simiente, se animó a preguntarle:

— ¿Sabes quién fue Emma Bovary?

— Una puta a la que le gustaba leer novelas.

## LA PUTA Y LA OREJA

Y qué me iba a importar que tu amigo, el tal Gauguin, te haya abandonado. Yo solo quise que entraras conmigo a la habitación. Demasiado hago con oírte, para los pocos francos que te pido. Además, aquí en Arles ya nadie te quiere. Prácticamente soy la única que se acuesta contigo. La única que te acompaña a beber absenta, para que luego me cuentes tus disparates y llores como un niño sobre mi regazo.

«Entra, Vincent», insistí aquel día en que te abandonaron. Pero tú, con la expresión desquiciada y la sangre corriendo por la mejilla, tan solo me dejaste este recuerdo. Ni siquiera me ofreciste un cuadro. Claro, en ese momento me hubiera dado lo mismo. No vendías ninguno. Pero con los años, con tu muerte, mira tú lo que valen. Y yo con semejante regalo, que estoy segura nadie querría tener. Aunque me espanté al principio, creo que hice bien al guardarla y pedirle después al boticario que la diseque. «¿Para qué quieres esta oreja?», me preguntó espantado. ¿Y para qué más te podría querer? Para hablarte, claro. Aquí no tengo a nadie más. Solo tú y esta enfermedad que me consume y me ha dejado sin clientes. Si me vieras ahora, amigo, dirías que soy el peor girasol de la región.



*Tramontanos*



## ORGANILLERO

Como habíamos acordado, a las 3:45 pm estuve apostado en una de las calles laterales de la Piazza di Signoria. A las 4 pm en punto, si no sucedía nada que despertara nuestras sospechas, alguna maquinación de su marido para develar nuestro romance, debíamos caminar sincronizadamente hasta el centro de la Piazza, simular un encuentro fortuito, intercambiar saludos y, de un modo solapado, dejar que su mano soltara unas llaves al interior de mi gabán. Este juego la excitaba en forma desmedida y se supone que yo, por ser extranjero, *uno de las Américas*, como decía ella, y no un florentino como su marido, sabría aprovechar sus virtudes. Dada la hora, y sin mayores aspavientos, emprendimos la marcha. La vi aparecer desde la calle opuesta, con su entera belleza siciliana, marcando el paso y enrostrando su condición mediterránea al resto de viandantes. Lo que no calculamos fue la sorpresiva presencia de un organillero y su mico vestido de gitano. Aún no comprendo cómo no los pude haber advertido. Lo cierto es que llegó al centro de la Piazza unos veinte segundos antes que nosotros. Tiempo suficiente para que fijara su armatoste y girara la manivela a un ritmo increíblemente lento. Aceleré el paso, pues quería adelantar me a la aglomeración de gente en torno al hombre y su mico, que había empezado a brincar al retintín de la

música y a sacar de una caja pequeñas tarjetas de la suerte. A escasos pasos de distancia, ella ya inclinaba el rostro y me regalaba su mejor sonrisa, a lo que yo, alargando las manos hacia ella, respondía con fingido asombro. En ese mismo momento, el mico se estiró hasta el tope que su cuerda lo permitía y dejó en mis manos una de sus tarjetas. Sin prestar atención a lo entregado, retorné la vista a mi siciliana y descubrí que su sonrisa se fue desdibujando y que su mirada ya no estaba fija en mí, sino en algo o alguien a mis espaldas. De pronto levante la mano donde tenía la tarjeta y pude leer en ella: *Bangi!* Después escuché el leve crujido de un metal y preferí pensar que provenía de la manivela del organillero.

## LENGUAJE

El rey pretendía comunicarse con su dios para interrogarle por el amor de la reina. No obstante, para lograrlo, él tenía que aprender primero el lenguaje divino, y solo la reina se lo podía enseñar.

— No, ¿por qué? ¿Te sientes solo?

— ¿Sabes dónde hay una buena pareja para mí?

el cuerpo hacia mí, levanta el pico y me pregunta:  
 construcción de su guarida de primavera. La urraca gira todo  
 no puedo evitarlo, me acerco al animal y le interrumpo en la  
 no el pedido, asienten y respaldan a su colega. En vista de que  
 venerada aquí. Los demás, no estoy seguro si entendiendo o  
 hacerse entender, me pide que le pregunte a la urraca si es  
 la profesora de mongol, realizando un enorme esfuerzo para  
 algunos hacia esta ave es cada día más creciente. Por ello hoy  
 nadie se atrevería a echarla, pero la curiosidad o la aversión de  
 Sabemos que son muy queridas y respetadas en estas tierras y  
 que ha decidido afincarse en la cornisa de nuestra ventana.  
 noto en ellos cierta tensión debido a la presencia de una urraca  
 días de este mes, que corresponden con el cambio de estación,  
 adaptado a nuestro reducido espacio; sin embargo los últimos  
 misma oficina. Afortunadamente nos hemos hecho amigos y  
 obligado a todos sus profesores extranjeros a compartir una  
 guas modernas de la universidad coreana donde trabajo han  
 Desde hace una semana los directivos de la facultad de len-

— Nada de eso. Es porque debo cumplir con mi naturaleza.

— Entiendo — le engaño.

Vuelvo entre mis amigos y les pregunto si conocen una urraca casadera.

Ellos ríen.

La Urraca está en la estación de Hannam, una de las de mayor afluencia en Seúl, esperando la llegada del metro. Se halla en medio de muchos pasajeros y prefiere no hablar con nadie por-que le importa muy poco el destino de sus coteráneos. Con un movimiento que semeja un tic nervioso, entorna el pescuezo y, con su mirada lateral, descubre a un niño muy cerca de sus plumas.

El niño tiene la piel color canela y el cabello muy negro y sedoso.

La Urraca le pregunta en inglés (porque nuestra urraca es políglota) de dónde es.

— De la India — responde el pequeño.

— ¿Y cuántos años tienes? — insiste la Urraca.

— Diez años.

— ¿Y sabes el lenguaje de las urracas?

— No. Soy hindu y hablo inglés.

La Urraca recuerda un relato de Rudyard Kipling y ve en el niño a Mowgli, el personaje central de *The Book of the Jungle*. Entonces decide preguntarle por su nombre.

— ¿Cuál es tu nombre, amigo hindu?

El niño da su respuesta, pero el ruido originado por la llegada del metro le impide a la Urraca oírla. Intenta preguntarle nuevamente pero el vagón abre sus puertas y todos los pasajeros prácticamente cargan a la Urraca hacia adentro. El metro reinicia su marcha. La Urraca mueve el pescuezo en todas las direcciones y no ubica al niño hindú.

Repentinamente un joven coreano se le acerca y le increpa:  
— Oye, Urraca, tú no tienes que estar aquí.

«Quizás pronto cuando entonces allí encima rápido mucho nunca igualmente...»  
 — ¿Todo lenguaje — se pregunta la Urraca — tendrá cabeza, cuello, brazos y piernas, como yo ojos, pico, plumas, patas y corazón?  
 La Urraca se aburre y lanza su libro de gramática por los aires, cual ave estúpida con cientos de alas insertibles.

## SHAKESPEARE Y EL OSO

Solo cuando alcanzaste la edad de los hombres se te fue dado ir al sur del río. Te intrigaba conocer, ver de cerca y, quizás, ser uno más de los clientes que normalmente van esa zona que te era prohibida de niño. Y fue gracias al desparpajo de tu propio cuñado que conseguiste cumplir tu anhelado sueño. Él, que te cuidaba desde pequeño como un padre, pero siempre consciente de que no lo era ni pretendía serlo, prefirió perderte como hijo y ganarte como hermano de pendencias. Te sirvió de guía por ese reducido infierno que te maravillaba a cada paso. Así llegaron, antes de ir de bares y de putas, como tu ansioso cuerpo reclamaba, a El Globo, teatro donde William Shakespeare encandilaba con sus comedias y tragedias. Sin embargo, tu cuñado te mostró la entrada, te dijo dos o tres frases banales y luego te arrastró a otro lugar. Te llevó al corral conocido como El Oso de Carnada. Pero tu mente estaba en El Globo, en el parlamento de las populares piezas de Shakespeare, en esas líneas que a veces escuchabas a tu hermana recitar a escondidas de tu cuñado. Solo con estas palabras pudiste soportar tan sangriento espectáculo. Solo las palabras podrían atenuar el impacto de ver a unos perros salvajes lanzarse y dar dentelladas a un oso que permanecía atado a un orcón, defendiéndose con unas fuerzas ya extenuadas. Viste cómo ese animal, que

siempre creíste portentoso, terminaba siendo despedazado por los canes. Luego unos hombres entraron al ruedo y sacaron a esos animales satisfechos, abandonando al oso muerto, que acaso no tuvo siquiera la oportunidad de decir: *¡Ay de mí, que me han herido de muerte!* mientras tu cuñado te palmeaba la espalda, con fuerza, como a un hermano.

## VISTA DEL AMANECER EN EL T(R)ÓPICO

2 habaneros en El Malecón

18 habaneros en El Malecón

75 habaneros en El Malecón

357 habaneros en El Malecón

25,138 habaneros en El Malecón

¿Carnaval, procesión, revolución o nostalgia?

Escucha, Nidia: si fuésemos orientales te juro que nos convertiríamos en aves del paraíso o, para gozar del otoño, en patos mandarines. Oíríamos los grillos, los sapos, morderíamos la luna reflejada en el agua.

Si fuésemos orientales, mi oshidori. Si fuésemos orientales.

ANHELOS ORIENTALES

## RELIQUIAS

Mientras le cortaban el cabello a mi hija en una céntrica peluquería de Singapur, un lugareño se acercó a mí e interrumpió mi ociosa actividad — echar una mirada a las revistas del *lobby*—. Con una voz meliflua y acompañada de excesivos gestos femeninos, el sujeto me habló en inglés, interrogándome por mi nacionalidad, mi nombre y si estaba solo.

— *No English, no English* — pronuncié lo peor que pude. — *Me Peru, me Peru* — agregué, tratando que confundiera el nombre de mi país con Beirut, como es habitual en esta parte de Asia.

— Yo conozco Perú. Visité Nazca y Cuzco. Yo compré muchas artesanías y huacos — dijo paladeando cada sílaba de mi lengua materna, para luego añadir: — Yo comercio con Perú — y esbozó una sonrisa que podría ser triunfal.

En ese instante mi cuerpo se contrajo y fue adquiriendo una forma globular, compacta, de base plana y redondeada. Pasé de un crudo barro adánico a un cocido barro preincásico. Y de mi espalda surgió en ascenso continuo un gollete estribo que remataría en un usual asa puente. Antes de que mis ojos se solidificaran, alcancé ver a mi hija que se acercaba, y tuve grandes deseos de que su atávica distracción la hiciera tropezar

conmigo, dejándome caer, observando cómo decenas de trizas de una reliquia perdía todo su valor.

## CALÍGRAFO

— Maestro, he derramado una gota de tinta sobre el papel. ¿Qué hago?

— Solo cuida que no haya sido tu gota más bella.



## ÍNDICE

### *HOMINI ET URBI*

Bien mirado	13
Verdaderas amigas	14
El alma de la fiesta	15
Primeras impresiones	16
Almas perdidas	19
Paseos	20
La niña ante el espejo	21
Star	22

### *LETRA NEGRA*

Lector en serie	27
Private eye	28
Álbum de familia	29
Pirañas	31
<i>Remake</i> de la fábula del sapo y el alacrán	32
Paratexto	33
Pasional	34
La voz de Apolo	35

### *MININOS*

Trazos y dictados	39
Confusión	40
Gata de París	41

42	El budismo y el gato
43	Mal sueño
44	Transformaciones felinas
45	El gato samaritano
<i>MONOGATARI</i>	
49	Ansiedad
50	Noble presencia
51	Ella me escribe
52	Mercado de frutas
53	Celos
54	Noticias de un incendio
55	Comunión
<i>PROSTITUCIÓN SAGRADA</i>	
59	Burdels y aparcidos
61	Escrúpulos
62	Douloureuses sans culotte
64	Geografía
65	Kisaeng
66	El hijo de puta
67	La puta madre
68	Lectora
69	La puta y la oreja
<i>TRAMONTANOS</i>	
73	Organillero
75	Lenguaje
76	Urraca 1
78	Urraca 2
80	Urraca 3
81	Shakespeare y el oso

Vista del amanecer en el t(r)ópico	83
Anhelos orientales	84
Reliquias	85
Calígrafo	87

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN LOS TALLERES GRÁFICOS DE  
TAREA ASOCIACIÓN GRÁFICA EDUCATIVA  
PASAJE MARÍA AUXILIADORA 156 - BREÑA  
Correo: [tareagrafica@terra.com.pe](mailto:tareagrafica@terra.com.pe)  
Teléfono: 424-8104 / 332-3229 Fax: 424-1582  
JUNIO 2004 LIMA - PERÚ

IMPRIMIR EN LOS TALLERES GRÁFICOS DE  
CIACIÓN GRÁFICA EDUCATIVA  
RÍA AUXILIADORA 156 - BREÑA  
e.: tareagrafica@terra.com.pe  
-8104 / 332-3229 FAX: 424-1582  
UNIO 2004 LIMA - PERÚ

## Otros títulos de esta serie

ALFREDO BUSHBY  
*LA DAMA DEL LABERINTO*  
*PERRO MUERTO*  
*HISTORIA DEL GOL PERUANO*

CARLOS GERMÁN BELLI  
*EL IMÁN*

JOSÉ DONAYRE  
*LA TRAMA DE LAS MOIRAS*

MAURIZIO MEDO  
*LIMBO PARA SOFÍA*



En los libros anteriores de Ricardo Sumalavia se hizo evidente una estética de la brevedad que esta vez, en *Enciclopedia mínima*, explora sus límites de forma provocadora. Los cuentos de este libro, a través de una notable economía de recursos, además de una prosa ágil y envolvente, rozan un conocimiento totalizador, enciclopédico. Ello lo logra, sin embargo, por medio de la fragmentación y el instante, conformando un universo de historias ceñidas, en las que descubrimos una atmósfera extraña que a veces llega a lo siniestro y deja al lector en un estado de total perplejidad. Suele decirse que lo breve, si es bueno, es dos veces bueno. Las perturbadoras historias de Sumalavia susciben perfectamente esa doble condición de brevedad y calidad que han alcanzando muy pocos autores en nuestra literatura, pero todos ellos con resultados tan memorables como los relatos de esta enciclopedia en la que no ha quedado nada fuera.



Foto: Verónica Sumalavia

**RICARDO SUMALAVIA**  
**Enciclopedia mínima**

ISBN 9972-42-638-6  
917899721426384